



EDITORIAL

Escuchar a Dios donde la vida clama

El Horizonte Inspirador de la CLAR nos invita a las religiosas y religiosos a escuchar a Dios donde la vida clama. Nos recuerda para ello los nuevos escenarios y los sujetos emergentes, desafíos de urgencia en esta hora social y eclesial del continente. Sin desafíos la vida es rutina y, a la postre, una lenta agonía. La CLAR le está recordando a la vida religiosa una espiritualidad ligada a la vida, porque la encarnación es el camino de Dios. Nos viene bien recordarlo. También en la vida consagrada, como dice Bernanos, “la verdadera causa de nuestras desgracias debemos buscarla en la desencarnación del Verbo”.

Vivimos en una sociedad competitiva, interesada, insolidaria. El resultado de su lógica concomitante lo tenemos a la vista: una fantástica acumulación de beneficios en manos de grupos minoritarios, y una perversa exclusión de la mayoría de las personas, grupos y países. El gran crimen de la humanidad es hoy la exclusión social. Solo triunfa el más fuerte; los demás, o se agregan como socios subalternos o desaparecen. La renta per cápita ha pasado a ser el muro más fuerte de división de la humanidad. De millones de seres humanos hoy no se puede decir que “sean un poco inferior a los ángeles”, sino que apenas “son un poco superior a las bestias”. Parece que la ley básica del universo sea la competición que divide y excluye, y no la cooperación que suma e incluye.

Si la vida religiosa quiere ser memoria honesta para el futuro, tiene que ser compromiso serio con el presente. Los religiosos y religiosas no podemos caer en tentaciones esteticistas, ni perdernos por autopistas de grandeza. Nuestro lugar está entre la multitud de rostros sobresaturados de pesares, rebosantes de tristeza, para no permitir que se resequen en el olvido y la indiferencia las lágrimas de los pobres. Siempre con oído

atento a las voces del Viento y de la historia, porque para nosotros lo peor no sería perder el tren en la historia, sino perder a Dios que viaja en ese tren.

Sujetos emergentes... expresión de vida amenazada. Sectores empobrecidos por la injusticia y el privilegio acumulado, que diariamente acumula. Innumerables niños con ojos saltones que empiezan prematuramente a descubrir la vida como combate. Seres humanos sin más título y más identidad que la suprema credencial de la voluntad de vivir. Aquí y ahora, estimular la vida es el mayor de los humanos ministerios. El gran ministerio de esa vida consagrada necesitada de una especialización, una clarificación carismática que nos dé identidad y nos sitúe con personalidad propia en medio del mundo. Ahí, al cultivar su capacidad de asombro ante el dolor de los demás –algo que produce resonancia–, la vida religiosa descubre su identidad carismática, al multiplicar sus cuotas humanas de sensibilidad misericordiosa y solidaridad eficaz frente al mundo de los desvalidos.

Nuestra vida religiosa quiere seguir saliendo de un autoservicio obsesionado para ponerse al servicio del Reino. Llamada a abandonar su Tabor y bajar al valle de la sociedad para sintonizar con la vida amenazada. Nuestro claustro sagrado es el mundo. Nuestra oración no puede ser pura, necesita encarnarse y mezclarse en la vida de las personas. Nuestros horarios no son nuestros, tienen que ser ante todo de los predilectos del Señor. Nuestro dinero no es nuestro, es de quienes lo necesitan para sobrevivir. Nuestros votos no son una cuestión personal; deben vivirse en la calle para que puedan ser referencia, interrogante, terapia de shock para algunos... Lo nuestro es dar la vida, para que tengan vida.

Lo propio... despertar nuestra pasión por Jesús. Lo mejor que tenemos y podemos comunicar a los demás, evitando el riesgo de convertir a Cristo en objeto de culto, y en la penumbra sus rasgos que mostró en los caminos de Galilea. Ese Jesús profundamente unificado en torno a una experiencia nuclear: Dios Padre de todos. El Padre inspira su mensaje, unifica su actividad, polariza sus energías. Jesús es una parábola viva de Dios en la solicitud por el ser humano y su historia de dolor. En tiempos de Jesús, los maestros asocian a Dios con su sistema religioso. Lo primero es dar gloria a Dios observando la ley, respetando el sábado y asegurando el culto del templo. Jesús asocia a Dios con la vida. Lo primero para él es que los hijos de Dios tengan vida de manera justa y digna.

Jesús no busca reformar la vida religiosa de las gentes, sino ayudarles a disfrutar una vida liberada del poder del mal. La misión de Juan está organizada en función del pecado. La de Jesús, en función del sufrimien-

to de los más desgraciados. La primer mirada de Jesús no se dirige a los pecadores que necesitan conversión, sino a los que sufren, que anhelan más vida y salud. Los enfermos no solo desean la sanación de una dolencia, sino poder disfrutar de una vida más plena. Oficialmente se entendía la santidad como separación de lo impuro. Para Jesús la santidad consiste en ser compasivos como el Padre es compasivo (Lc 6, 36), ser perfectos, buenos del todo... (Mt 5, 48). Lo que cualifica la santidad de Dios es su amor compasivo. En el Reino la misericordia sustituye a la santidad.

Vida religiosa... Sigue a tu Señor. No dejes a tus pobres, que son los de Jesús. Que Dios te encuentre siempre entre los desvalidos. Encárgate también de hacerles espacio eclesial. Evita la tentación de tantos eclesiásticos espiritualizados que encarnan mucha Iglesia muda. No pretendas subir a encontrarte con Dios en las alturas. Baja a los infiernos de este mundo para encontrarte con Jesús en el dolor de las personas. Ahí podrás ensanchar el corazón en círculos concéntricos, derramando días y fuerzas en buenas dosis de amor y evangelio.

